

luego adquiere una tumbaga, que se coloca invariablemente sujetando el artístico nudo de la corbata, y por último adquiere a cualquier precio una cadena de complicados y gruesos eslabones. «dos o tres sellos» y un medallón del tamaño de una caja de pasas y después si hay sobrante en baja, se empapele el comedor o salón de tomar el Thé del Casino. Cualquier prosaico buen hombre gustaría esos caudales de ornamentación en abastecer la despensa de su casa o en pagar por capricho la estufa de desinfección pero como el juego no se alimenta de los groseros intereses materiales, y vive por el contrario, a costa del espíritu maligno y de pulmón de sus sacerdotes, vea V. porqué razón, jugar y ganar quiere decir tanto como cumplir la impulsar por medios indirectos aunque eficaces.

Si yo fuese poder como ganas tengo, créame V. que imitaría al Radical, no habría de reprimir y menos prohibir el juego, convencido de que este vicio es una consecuencia triste, pero inevitable, de la flaqueza humana que mora en el Casino durante el reinado de la propaganda popular.

Se puede «tirar el pego» en materias electorales sin degradación del valiente ejecutante, y no se pueden «amarrar» los cuatro ases de la baraja. Esta es la injusticia bajo una forma seductora y plástica hasta cierto punto.

Sostengo yo que a la sombra del pego prosperan las artes suntuarias, porque si gana V. se ha de comprar un sombrero cada quince días y se ha de hacer ropa todas las semanas, y si bien no llega hasta el sensible extremo de afirmar en serio que el juego, sobre todo en la sociedad Casino, es un artículo de primera necesidad para su sostén, no he de dejarme en el tintero que hasta los populares se parecen a los «banqueros» en que «cobran puertas» y otras gabelas que no quiero de momento mencionar por ser de sobras sabido por el público sumiso.

Si es V. observador, si nota V. los sucesos que este libro de memorias, que también se pierde la «cha-

veta», habrá V. visto que el punible juego, el repugnantet vicio, no tiene más que una parte odiosa: perder. La sociedad injusta le tolera a V. que juegue y gane. Puede V. llamar sin vergüenza a la puerta de todos los círculos con una baraja en cada mano y los billetes del Banco de España; pero no le es lícito presentarse en público sin zapatos y perdiendo siempre ¡Cuanta inmoralidad!

Yo no le aconsejo a V. que juegue siempre, pero, si de vez en cuando, y con permiso de Pancho y su camarilla casinesca a la vez, se debe hechar su manecita de monte, ya que en este Granollers tan perturbado por los populacheros, casi todos los que se pueden llamar cuerdos, se mueren de angustia, hambre o dolor y todos los imbéciles eructan de ahitos.

Prepare V. sus trabajos; compre V. naipes finos de una sola hoja; arroje V. por el balcón ese velo misterioso que llaman vergüenza que estorba para todo y no sirve para nada según a quien, pique V. el «albur»; tire V. el «gallo» y procure a toda costa quedarse algo de alguien, por que después de todo, el derecho de propiedad se pierde en la oscuridad del tiempo y bueno es decir alguna vez en la vida «¡copo!» palabra sagrada hoy que «Pancho» se ha apropiado en la nueva generación de la costa africana.

«He dit»

A los socios de «La Unión Liberal»

Consocios míos: La Junta de nuestra entidad, la que moralmente la deshonra y pisotea con la explotación de los juegos **set i mig**: poniéndose por montera la dignidad de sus regidos, ha puesto **oficina electoral** en uno de los salones más vistosos de nuestra casa, para el apoyo de un candidato determinado y que será muy a gusto de dicha Junta, pero no de la totalidad de los asociados, quienes tienen su albedrío para la libre elección de sus sufragios.

¿Cree esta indigna Junta, que los realmente republicanos, no han de darse vergüenza de apoyar una candidatura monárquica y por lo tanto contraria a sus convicciones?

¿Cree esta despótica Junta que los que no comulgamos bajo sus nefastas imposiciones, tenemos el deber de contribuir a los gastos que ocasiona una **oficina electoral** en luz, local y enseres?

¿Cree que los que no son de su fracción—mal llamada democrática-liberal—no son tan socios y tan dignos de atención como ellos, que como trágala se les implante una **oficina** y con sus costas, a sus propias narices y a provecho de un intruso, de un no socio, de un forastero?

¿Habéis tomado a la benéfica Asociación por campo de vuestras rapacidades? ¿Buscáis un desorden, una algarada o alguna ocasión para que reaccionando los socios y en defensa de sus derechos y sus intereses, os eche a garrotazo limpio de lo que tratáis de convertir en cueva de **mercaderes**?

Consocios, amigos míos, reaccionarios: Quizás no os hayais recapitado de la que representa esta **oficina**. Es un sarcasmo, un inmoral sacrilegio, este **letrero** puesto ante la lápida que recuerda el asesinato de un nuestro amigo, por unas turbas que la tal oficina les dá derecho a la entrada.

Si, amigos míos: el entonces **huido a escondidas** Sr. Puntas, los mismos procesados Pagés, Lobet y toda la calaña aun amiga del Sr. Torras, tiene perfecto derecho de entrada a nuestra casa; nadie puede quitarles el paso, ni la sombra misma del infortunado Masó, ni la lápida recordatoria, ni nada. Hay allí una **oficina electoral** y pueden visitarla, consultarla, tener pactos y componendas; sí, amigos míos, dentro nuestra casa, en la misma donde nos los trajo ya otra vez el omnipotente despótico Torras.

¿Hemos de permitirlo? ¿Qué dirán los hermanos Garrell si ven entrar a aquella calaña? ¿Exclamarán como entonces **¡correu, pujeu a dalt, que'ls veureu; hi han els assessins!** ¡No! no podrán decirlo. Aquel macabro trapo que dice «**Oficina Electoral**» les dá acceso, les permite entrar, les tolera, les llama.

¿Consocios! Si queremos que prevalezca nuestra dignidad, de republicanos unos, de liberales otros, **¡exigimos!** que se arranque aquel nefasto **trapo-letrero** o, al menos, que con un redoblado trapo negro cubran aquella lápida recordativa, para que estos frescos que se llaman demócratas liberales.... de ocasión, nos la deshonen con sus gansadas estúpidas e indignas.

¡Amigos! Por nuestros derechos pisoteados, por la dignidad de nuestras convicciones. ¡Fuera la **Oficina Electoral** de dentro de nuestra casa! Si allí la quieren, que paguen, y sobre todo que se cubra la lápida.

No toleremos a quien nos deshonne.

UN SOCIO.